

Nunca amaneció. Historia original de “Consecuencias del DEhRON”

Relato escrito y editado por Delmer Ariel Ulloa Redondo y Aarón Alcaide.

Recé para que volviera a pasar. Aquellas veces en las que, mirando mi simple y desordenada habitación, se me ocurría algo para la novela. Observé durante varios segundos mi robusta estantería donde descansaban mis viejos y muy bien cuidados libros, esos que me habían transmitido tantas emociones durante su lectura, pero tristemente no encontré inspiración en ellos. Hice el típico recorrido que solía hacer en esas situaciones en las que mi mente se quedaba en blanco: levantarme e ir a por algo que comer.

Comencé mi búsqueda. Aparté la máquina de escribir a un lado, dejando espacio para mi objetivo nocturno, un tentempié que iba a devorar en cuanto se me cruzara por delante como si yo fuese un león y la comida mi presa. Bajé las escaleras de la casa y me dirigí directamente a la cocina, pasando por el salón e intentando no chocarme con aquel sofá que solía mover con frecuencia; no sería la primera vez que me regalaba un dolor físico por mi manía, sin querer, de mover los muebles los siete días de la semana. Pasé la puerta de la cocina y abrí la nevera tan rápido como pude. En su interior solo había varias latas de cerveza que no me había acabado de beber desde hacía varias semanas, una botella de agua llena y un bote de mayonesa que me daba miedo tocar por su característico color. Cerré la nevera, decepcionado e intentando aceptar que no iba a comer nada esa noche, y que debía esperar a la mañana siguiente para hacer la compra.

Volví a mi habitación y me refugí en mi novela para escaparme del hambre que se escondía entre las paredes, mientras mi estómago susurraba constantemente su nombre.

Necesitaba algo digno para concluir la novela, algo que hiciera merecer la pena las 498 páginas de lectura. No supe a qué recurrir. El viejo truco de la imaginación espontánea al observar atentamente mi habitación, fijándome en cada detalle y maquinando en mi mente la continuación de la novela, no me estaba funcionando. Desde la larga túnica negra en el perchero colgado en la puerta hasta la varilla pequeña del reloj de pulsera en la mesilla de noche, repasé cada maldito detalle de mi habitación con esperanza de encontrar la última frase de mi novela, algo con lo que terminar y dar por finalizada la gran experiencia que había sido su escritura. Pero no encontraba nada, y mi esperanza desaparecía como los árboles rosados en otoño.

Fue entonces cuando la luz de toda mi casa se apagó, dejándome a oscuras junto a una vela que me gustaba encender cuando escribía. Cogí la vela por la parte más baja y la incliné considerablemente para que, si la cera caía, no me quemara la mano. Pura experiencia.

Salí de la habitación y bajé de nuevo las escaleras para salir de casa. Antes de cerrar la puerta, un sollozo sonó a lo lejos, acompañado por una risa leve y aguda que, junto a una pequeña ráfaga de viento, hizo erizar mi piel. Mi cuerpo se detuvo, aguanté la respiración para que el silencio abundara y cualquier sonido emitido por cualquier cosa pudiera escucharse claramente. Pero nada se oyó, y el aire empezaba a faltarme. Simplemente supuse que eran imaginaciones mías y que me estaba volviendo loco. Así que continué mi camino.

Abrí la puerta del garaje y fui a ver el reactor, que nada más entrar confirmé que estaba en la misma posición que recordaba. Pero, a medida que avanzaba, observé que el gran interruptor que hacía que se encendiera estaba apagado. Lo volví a encender y vi cómo se encendía la luz de mi habitación. Simplemente salí del garaje y me dispuse a entrar a casa, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo en cuanto recordé sucesos pasados. Desde hacía semanas vivía solo en aquella vieja casa sin luz. Me mudé a Triggen Bills no hace mucho, con la esperanza de que el pasado que llevaba en mi mochila se me cayera por el camino y así evitarlo de una vez por todas.

Había encontrado esta casa solitaria, que parecía no haber sido pisada recientemente por nada que no fueran cucarachas, polvo... y más polvo. Así que me quedé a vivir en ella junto a todas las cosas que llevaba en mi Citroën DS antiguo. Aquí empezaría mi nueva vida, apartado de todas las cosas malas que me habían pasado en la ciudad y que arrastraría en mi cabeza hasta el día en que llegara mi hora. Había visto tantas cosas a mis treinta y pocos años que me atemorizaba incluso saber de lo que yo mismo era capaz de hacer y todo lo que me podría pasar en un futuro. Una mala vida tiene mal final, por eso escapé, llevándome conmigo mi última misión, la que me permitiría al fin vivir sin presión ni compromisos.

No podía subir a la habitación de nuevo; debía comprobar una última cosa. La casa era vieja y daba malas vibras, pero eso no era suficiente como para que las cosas cambiaran de lugar, o se abrieran y cerraran puertas todo el tiempo, o se escucharan ruidos extraños por la noche, gritos, susurros... Eso no lo hace el polvo, y mucho menos las cucarachas.

Salí del garaje dirigiéndome directamente a donde tenía pensado evitar ir en mis ratos libres. Los recuerdos pululaban insistentes ante la puerta de roble vieja de aquella habitación, con un pomo dorado y un pequeño cartel con una X grande que indicaba que no debía pasar, pero no quería echarme atrás; mejor comprobarlo en ese momento y no cuando fuera demasiado tarde.

Con mi mano derecha puse la llave en el cerrojo, y la izquierda la coloqué en el pomo para, nada más girar la llave, girarlo y entrar rápidamente. Los nervios se me subieron a la cabeza, e intentaba evitar a toda costa pensar que mi misión había fracasado y que era demasiado tarde para hacer nada. Me aseguré a mí mismo que no pasaría nada y simplemente entré. El alivio hizo que suspirara y que mi cuerpo se destensara por completo.

La chica seguía allí, atada de pies a cabeza y con un pañuelo en la boca para que no hablara. Seguía durmiendo plácidamente; a las horas que eran, no era normal estar despierto, pero terminar mi novela merecía ese insomnio.

Me acerqué silenciosamente y maté mi curiosidad, confirmando que Verónica seguía atada, observándola por todas partes. Finalmente, me coloqué delante de ella para verla dormir. Respiraba rápido; estaba nerviosa. Aún estaba sudada y su ropa estaba desgarrada. Me daba pena verla así, pero mi misión era esa: la misión que más dinero me daría y que, gracias a ella, me permitiría escapar de ese mundo. Uno escapa de sus demonios en cuanto puede, pero no puede escapar de su mente...

Ya tenía la frase para el final de la novela. Todo gracias a mirar directamente a los ojos a la última desgraciada que me habían encargado. Su rostro me inspiró como un susurro del viento helado en una tarde calurosa.

Cerré la puerta, giré la llave e intenté abrir de nuevo para comprobar si seguía cerrada o no. Subí las escaleras y volví al mismo sitio de antes, a la jaula mental donde tantas veces me había estresado por la novela, quedado en blanco e incluso rendido. Pero esta vez sería diferente: dictaría sentencia a esa historia y la concluiría por todo lo alto, con una última frase:

“Uno escapa de sus demonios en cuanto puede, pero no puede escapar de su mente...”

Mi mejor creación hasta la fecha, aunque nunca supe si llegaría a manos de alguien.

Aquella noche morí.

Asesinado por mi secuestradora, que había escapado para intentar matarme y que, con el primer cuchillo que encontró en la cocina, me apuñaló tantas veces como pudo.

Mi novela tenía un final trágico, igual que el mío. Me quedé a una sola misión de librarme de aquella vida tan mala. Les fallé a ellos, a quienes aquellas misiones parecían importarles más que su propia vida, y que, si fallaba, tenían también un final preparado para mí.

Viene algo fuerte que nunca podré saber qué es, porque la muerte me visitó antes de tiempo.

DEHRON es legión. Nunca lo olvidaré.